

LA SANTA EXPEDICION EN EL MAR:
EL DIARIO DEL PALENTINO
FRAY JUAN GONZALEZ VIZCAINO (1769)

SALVADOR BERNABEU ALBERT
Centro de Estudios Históricos del C.S.I.C., Madrid

Con el estudio y transcripción del diario del padre Vizcaíno que-remos dar a conocer una de las principales fuentes de la Santa Expedición, empresa que inició la colonización y evangelización de la Alta California el año 1769. Varios han sido los relatos y diarios que de esta jornada se han publicado en nuestro país, a pesar de lo cual, quedan inéditos dos de los más interesantes —amén del que ahora se presenta— escritos por el piloto José Cañizares y por el compañero de Serra, fray Juan Crespi. La importancia del diario de Vizcaíno radica en ser el único existente del viaje del paquebot *San Antonio*, alias *El Príncipe*, que, comandado por el mallorquín Juan Pérez, fue el primero en llegar a San Diego. Los expedicionarios recalaron en una isla del canal de Santa Bárbara y avistaron otras de la costa altocaliforniana, entablando un pequeño comercio con los indios. A pesar de la brevedad del relato, no faltan interesantes noticias etnográficas y una reseña diaria de los principales acontecimientos del viaje. Vizcaíno inauguró un notable grupo de franciscanos castellanos en la Alta California, que realizaron una importante y dilatada labor.²

¹ Varios diarios (Portolá, Constanzó, Fages y Vila) han sido publicados en *Crónica del descubrimiento de la Alta California. 1769* (ed. de Cano, Escandell y Mampel), Barcelona, Universitat de Barcelona, 1984. El diario de Serra se encuentra en la obra del gran americanista Lino Gómez Canedo: *De México a la Alta California. Una gran epopeya misional*, México, Jus, 1969. El diario de Cañizares ha sido publicado en inglés por Virginia H. Thickens y Margaret Mollins: «Putting a Lid on California: An unpublished Diary of the Portolá Expedition by José de Cañizares» en *California Historical Society Quarterly*, vol. XXXI (1952), n.º 2, págs. 109-124; n.º 3, págs. 261-270; y n.º 4, págs. 343-354. Por último, el diario del padre Crespi puede estudiarse en Herbert Eugene Bolton: *Fray Juan Crespi. Missionary explorer on the Pacific coast 1769-1774*. Berkeley, University of California, 1927.

² Por ejemplo, Fray José Barona, natural de Villanueva del Conde, diócesis de Burgos, estuvo 33 años, mientras los salmantinos fray Fernando Martín y fray José Bernardo, estuvieron 27 y 28 años, respectivamente. Véase la obra de Maynard Geyger, *Franciscan Missionaries in Hispanic California 1769-1848*, San Marino, The Hugtinton Library, 1769.

1. UN DIARIO DE LA SANTA EXPEDICION

La Santa Expedición es el nombre que recibe la empresa organizada por José Gálvez para ocupar la Alta California en 1769. Se compuso de cuatro grupos: dos terrestres y dos marítimos, que se juntaron en San Diego con el fin de fundar la primera misión y el primer presidio español en los nuevos territorios. El principal objetivo marcado por el Visitador malagueño: la ocupación del puerto de Monterrey, se demoraría hasta el año siguiente, debido al fracaso de la expedición que desde San Diego se envió a localizarlo y levantar su plano.

La causa de la ocupación española de la Alta California fue el temor a la expansión rusa en el Noroeste Norteamericano desde sus bases de Kamchatka. Desde mediados de siglo, los embajadores españoles en San Petersburgo fueron —por orden real— muy sensibles a las noticias que sobre los avances rusos en América llegaban a la capital de los zares, pero sería el vizconde de la Herrería el que hizo llegar a la corte de Madrid las informaciones más alarmantes. Así, el 20 de noviembre de 1767, el embajador confirmó el desembarco de los rusos en algún punto del Noroeste americano, donde fueron atacados por los naturales, muriendo trescientos rusos en la refriega³. La carta fue enviada por el marqués de Grimaldi, secretario de Estado, al Virrey de México, marqués de Croix, el 23 de enero, con la orden de que avisara al gobernador de Baja California, Gaspar de Portolá, sobre su contenido «en orden a la vigilancia y cuidado con que debe estar para observar las tentativas que puedan hacer los rusos, frustrándoselas en lo posible y dando puntualmente noticia...»⁴. También contenía la misiva de España recomendaciones al Virrey novohispano sobre la necesidad de tomar eficaces medidas que impidiesen el avance de los súbditos del zar, por lo que Croix no dudó en enviarla de nuevo al Visitador José de Gálvez, que se encontraba en viaje hacia el puerto de San Blas con el fin de embarcarse para visitar Baja California, Sonora y Sinaloa⁵. El Virrey le recordó en una nota «los muchos discursos y reflexiones que hemos hecho anteriormente en cuanto a la suma importancia y utilidad de apoderarnos del puerto de Monterrey, estableciendo allí un presidio» y le ordenó que penetrase por mar o por tierra hasta aquel paraje,

³ Vizconde de la Herrería al marqués de Grimaldi, San Petersburgo 20/31 de noviembre de 1767, en Archivo General de Indias (AGI en adelante), Estado, 86, 100.

⁴ Marqués de Grimaldi al marqués de Croix, 23 de enero de 1768, en AGI, Estado, 100; y Archivo General de la Nación, México (AGN en adelante), Reales Cédulas y Ordenes, vol. 92, fol. 58.

⁵ Sobre la actuación de Gálvez en este periplo noroeste puede consultarse los capítulos VII y VIII del libro de Herbert Ingram Priestley: *José de Gálvez. Visitor-General of New Spain (1765-1771)*, Berkeley, University of California Publications in History, 1916.

dejándole a su arbitrio las disposiciones necesarias para dar cumplimiento a tal mandato, así como el nombramiento de un ingeniero para que reconociese Monterrey y levantase el mapa del mismo⁶.

José de Gálvez recibió la carta el 6 de mayo, una semana antes de llegar a puerto de San Blas —por él fundado como base marítima contra los indios de Sonora un año antes—, donde inmediatamente convocó una junta para que, instruido por ella, resolviese más acertadamente sobre el envío de una expedición y un ingeniero, con cuyas observaciones se formase «el proyecto útil de establecernos en aquel paraje». Gálvez convocó a los más aptos que para esta consulta se encontraban en el citado puerto: el comandante del mismo, Manuel Rivero Cordero, el ingeniero catalán Miguel Costanzó, el profesor de matemáticas y práctico de la navegación de los mares del Sur e islas Filipinas, Antonio Faveau Quesada, y el piloto mayor de las embarcaciones del Mar del Sur, Vicente Vila, los cuales acordaron los siguientes puntos:

1. Enviar una expedición marítima, compuesta por los dos bergantines nuevos: *San Carlos* y *San Antonio*, alias *El Príncipe*, durante los meses de junio y julio con el fin de alcanzar por mar el puerto de Monterrey, conduciendo hombres y bastimentos. Los barcos partirían de San Blas o del cabo San Lucas y se enmararían hasta alcanzar los 38 ó 39 grados, desde donde navegarían rumbo al sueste para alcanzar la costa por los 37 grados menos algunos minutos, latitud donde se estimaba estar el puerto de Monterrey.

2. Se dispuso enviar conjuntamente una expedición terrestre, que sería organizada por Gálvez una vez que alcanzase la Baja California, por lo muy útil y conveniente que sería siempre el unir ambas expediciones en Monterrey.

3. El fin principal de estas jornadas sería reconocer el puerto de Monterrey, levantando un plano del mismo, para lo cual, se enviaría al ingeniero Costanzó, quien, asimismo, comandaría unos veinticinco o treinta milicianos de las legiones de San Luis de Potosí y Guanajato —esforzados soldados, acompañados muchos de ellos por sus familias— destinados para «asegurar los reconocimientos y el presidio o población que se establezca en el referido puerto de Monterrey, caso de que no sea difícil apoderarse de algún puesto ventajoso en él y que los naturales de aquel paraje se manifiesten tan pacíficos y propicios como lo han estado en otras ocasiones».

⁶ Conocemos estos detalles por la carta de respuesta de Gálvez a Croix, San Blas, 20 de mayo de 1768, en AGI, Guadalajara, 417.

4. Además, se acordó iniciar todas las prevenciones necesarias de víveres, jarcias, velamen y otros repuestos de los barcos con el fin de que el *San Antonio* y el *San Carlos* fuesen despachados de San Blas a mediados de julio —tras regresar de la campaña de Sonora—, de forma que se pudiesen dirigir al cabo de San Lucas para recoger las instrucciones redactadas por el Visitador para cada uno de los capitanes.

5. Por último, fueron nombrados pilotos de ambas embarcaciones Vicente Vila y Antonio Faveau, quienes serían acompañados por dos pilotos segundos. Faveau auxiliaría, asimismo, a Costanzó en sus trabajos, ya que estaba versado en ingeniería⁷.

Gálvez envió los resultados de la junta al Virrey el 20 de mayo de 1768, aconsejándole que los numerosos gastos que la empresa exigía fuesen erogados de los fondos de las misiones californianas. Los preparativos fueron muy accidentados, ya que los barcos, que habían llegado a San Blas el 14 de julio, el *San Carlos*, y el 19 el *San Antonio*, llegaron a la bahía de San Bernabé, en el extremo sur de Baja California, con numerosos desperfectos y los alimentos casi podridos. Gálvez, que había desembarcado en la península el 5 de julio, recibió las primeras noticias de los barcos a principios de noviembre. Sin embargo, no había perdido ni un instante, elaborando las instrucciones de los cuatro responsables de las dos partidas terrestres y de los dos barcos, así como reuniendo misioneros, soldados, marineros, alimentos y otros bastimentos para la santa jornada.

2. LA DOBLE DERROTA MARINA: EL SAN ANTONIO Y EL SAN CARLOS.

El *San Carlos* entró en la bahía de La Paz el 25 de noviembre de 1768 haciendo más de seis pulgadas de agua por hora, fulto de marinearía, las jarcias destrozadas, carenado y recorrido tan sólo de la cinta a la cubierta, con dos anclas rotas y los alimentos revueltos y mal conservados en su bodega. Realizados algunos arreglos, el barco se dirigió a la bahía de San Bernabé, donde esperaba encontrar al *San Antonio*. El 10 de enero levó anclas y el 15 se apartó del cabo San Lucas e inició la navegación al puerto de San Diego, paraje elegido como primera escala de la expedición y sede de la primera misión. Por su parte, el *San Antonio* entró en la bahía de San Bernabé el 25 de enero tras un accidentado viaje que dilató por varias semanas su encuentro con el Visitador, quien, al ver el estado del barco y de su carga, escribió: «se acabó de

⁷ Una copia del acta de la junta se encuentra en AGI, Guadalajara, 417.

martirizar mi paciencia y de excitar todas las venas de mi justicia, porque no se puede creer hasta qué punto llegaron en San Blas el abandono, la insolencia y la iniquidad al despachar este barco... »⁸.

El *San Antonio* llegó al cabo San Lucas sin carenarse ni recorrerse y con todo su casco cubierto de conchas. La harina, el maíz y el tabaco se encontraban mezclados con el rancho de la tripulación y otros efectos con tanto desajuste y confusión, que ciertas piedras grandes que servían de lastre se colocaron sobre los demás géneros. Ninguna cuenta ni factura dio a conocer la cantidad de los efectos embarcados, con lo cual fue imposible conocer las pérdidas de los mismos durante la travesía de San Blas a Baja California. Los contra maestres de ambos paquebotes habían embarcado ciertos géneros —especialmente bebidas como el vino, el aguardiente y el mescal— que vendían a los marineros; mientras productos de gran importancia para una expedición tan dilatada y crucial, como el alquitrán, la brea o el sebo, no fueron incluidos en la carga.

El *San Antonio* fue puesto en carena y dotado de nuevas jarcias, construyéndosele, además, unos pañoles y se le cargaron repuestos de lona y bramante. Un abundante rancho —al que contribuyeron las misiones de Santiago y Todos los Santos— se embarcó, finalmente, antes de partir de la bahía de San Bernabé el 15 de febrero. El paquebot dio muestras de gran ligereza y buenas propiedades marineras antes de desaparecer en el horizonte⁹. La ceremonia de bendición del barco y las banderas estuvo presidida por cuatro padres franciscanos, y en ella, José de Gálvez improvisó un «sermón a la burlesca»: «que por cosa nueva para los presentes, hubo sus sollozos, pucheros y fervores; pero nada sobra en obra tan grande y no han sido inútiles mis exhortaciones, en que pronunció la lengua los afectos del corazón que se me ha ido en los barcos por no haber podido ir con ellos»¹⁰.

En este barco se embarcaría el franciscano Juan González Vizcaíno en compañía de otro hermano de orden: fray Francisco Gómez,

⁸ Véase José de Gálvez: «Resumen de los defectos más capitales y de los desórdenes y desarreglos escandalosos que por mí mismo he notado y visto en los dos paquebotes de Su Majestad *San Carlos* y *San Antonio*, alias *El Toisón* y *El Príncipe*, al arribo de ellos a esta península para tomar mis instrucciones y órdenes conque proseguir su viaje al puerto de Monterrey, a donde van ya navegando por los especiales auxilios conque Dios ha sido servido favorecer mis trabajos y providencias en un país sin recursos humanos, a fin de que no quedase sin efecto una empresa enteramente suya. Cabo de San Lucas, 16 de febrero de 1769», en AGL, Guadalajara, 416.

⁹ Gálvez a Serra, Cabo de San Lucas, 20 de febrero de 1769, en el Instituto Nacional de Antropología e Historia (México), vol. 65, ff. 264-265.

¹⁰ Gálvez a Palou, Cabo de San Lucas, 20 de febrero de 1769, Instituto Nacional de Antropología e Historia (México), vol. 65, ff. 254-255.



ESTRACTO DE NOTICIAS
*del Puerto de Monterrey, de la Mis-
sion, y Presidio que se han estableci-
do en él con la denominacion de San
Carlos, y del suceso de las dos Expe-
diciones de Mar, y Tierra que à este
fin se despacharon en el año proxi-
mo anterior de 1769.*



ESPUES DE LAS REPETIDAS,
y costosas Expediciones que se hi-
cieron por la Corona de España en
los dos siglos antecedentes para el
reconocimiento de la Costa Occi-
dental de Californias, por la mar del
Sur, y la ocupacion del importante Puerto de
Monterrey, se ha logrado ahora felizmente esta
empresa con las dos Expediciones de mar, y
tierra que à consecuencia de Real Orden, y por
disposicion de este Superior Gobierno, se despacha-
ron desde el Cabo de San Lucas, y el Presidio de
Loreto en los meses de Enero, Febrero, y Marzo
del año proximo anterior.

En Junio de él se juntaron ambas Expedi-
ciones en el Puerto de San Diego, situado à los 32.
grados, y medio de latitud, y tomada la resolucion
de

Madrid, 1770.

Informe de las expediciones organizadas por el visitador José Gálvez para ocupar la Alta Califor-
nia. Archivo General de Indias, Sevilla.

misionero de La Pasión. El capitán fue Juan Pérez, piloto mallorquín que realizaría en 1774 la primera expedición al Noroeste con la fragata *Santiago*¹¹, contando de segundo con Miguel del Pino. La derrota de este barco la conocemos gracias al diario de Vizcaíno, cuya transcripción ofrecemos al final de nuestro trabajo¹². Este padre había viajado hasta San Lucas en el paquebot *San José*, por petición del Visitador y de Serra, quienes deseaban la llegada de nuevos franciscanos del Colegio de San Fernando para poder levantar, al menos, tres nuevas misiones en la Alta California: San Carlos de Monterrey, San Diego de Alcalá y, en medio, San Buenaventura. Por lo que respecta al *San Carlos*, los acontecimientos de la travesía están recogidos en el diario de su capitán, Vicente Vila, así como en una extensa carta que envió al Virrey Croix¹³. Las partidas terrestres estuvieron comandadas por Fernando de Rivera y Moncada, la primera, y el gobernador Gaspar de Portolá, la segunda, ascendiendo en esta última el padre presidente de las misiones fray Junípero Serra¹⁴.

La derrota del *San Antonio* se inició el 15 de febrero de 1769 a las cinco de la tarde, poniendo rumbo al noroeste y navegando a bolina hasta lograr cinco días después apartarse de tierra unas sesenta leguas y alcanzar el día 23 los 22° 35' de latitud norte. Nuestro fraile viajero nos cuenta varios sucesos del viaje durante los días siguientes: el inicio de las prácticas con los fusiles, las purgas de Juan Pérez y Miguel del Pino, la ascensión progresiva del paquebot, el encuentro de la expedición con el frío, la lluvia, la niebla y los fuertes balances del mar abierto y el avistamiento de las primeras islas de la Alta California desde el día 15 de marzo. Se trataba de las Channel island, en una de las cuales se detuvo el *San Antonio* durante los días 20 y 21, posiblemente la isla de San Clemente, ya que el día 22, el paquebot aprovechó un poco de viento favorable que sopló durante la mañana para llegar a otra isla mayor «que dicen sea la de Santa Catalina», y cuya distancia se calculó

11 Véase BERNABEU ALBERT, Salvador: «Juan Pérez, navegante y descubridor de las Californias (1768-1775)», *Culturas del Noroeste de América*. Edición a cargo de José Luis Peset, Madrid, Turner, 1989, págs. 277-290.

12 El diario fue publicado en inglés por Arthur Woodward (trans.) *The Sea Diary of Fr. Juan Vizcaíno to Alta California. 1769*. Los Angeles, Glenn Dawson. 1959.

13 Vicente Vila: «Diario de navegación del paquebot de Su Majestad nombrado *San Carlos*, alias *El Toisón*, su comandante don Vicente Vila, piloto del número de primeros de la Real Armada...» en *Crónicas del descubrimiento de la Alta California. 1769*. Barcelona, Universitat de Barcelona, 1984, págs. 215-259. La carta de Vila al marqués de Croix, fechada en San Diego, el 6 de julio de 1769, se encuentra en AGI, Guadalajara, 417.

14 Sobre los diarios generados por la Santa Expedición, véase Charles J. G. Maximin Piette O. F. M.: «The Diaries of Early California, 1769-1784», en *The Americas*. vol. II (April, 1946), nº 4, págs. 409-422. Un buen resumen de las expediciones terrestres puede encontrarse en TREUTLEIN, Theodore E.: «The Portolá Expedition of 1769-1770» en *California Historical Society Quarterly*, vol. XLVII (December, 1968), nº 4, págs. 291-313.

en cinco leguas a partir de la punta que mira al norte. Si así fuese, en esta isla se habría realizado el primer contacto entre los indios altocalifornianos y los españoles desde los días de Vizcaíno.

Los indígenas, pertenecientes a la familia de los Gabrielinos, ofrecieron pescado y ciertos delantales de cuero a cambio de trapos viejos durante los días 20 y 21. El 22, el paquebot puso rumbo a la supuesta isla de Santa Catalina, cuya parte oriental fue visitada al siguiente día. Dos canoas de indios se acercaron y trajeron, a instancias de los visitantes, agua en una botella de junco. Desde esta isla divisaron una tercera, que resultó ser una punta de la tierra firme que hace la bahía de San Simón y San Judas, según escribe Vizcaíno, pero que fácilmente podemos identificarla como la bahía de San Pedro, ya que al intentar el día 25 remontarla, se acercó una canoa con seis indios: «de la isla de Santa Catalina, que hace división por la parte del poniente y hace otra isla, que sólo se distingue por un abra que vimos enfrente de la punta arriba dicha y habrá distancia como nueve a seis leguas».

Poco después, los expedicionarios divisaron las señales del puerto de San Diego: las islas de los Cuatro Coronados, pero no lograron encontrar el citado puerto, creando en la tripulación la lógica preocupación: «Estamos —escribe Vizcaíno— en medio de las islas y la tierra firme. No se sabe si en una ensenada que hace a una barranca que hace la tierra firme estará el puerto». Los vientos favorables para ascender, que experimentaron la tarde del 28 de marzo, les permitió subir de latitud y reconocer una gran isla que apareció ante la proa del *San Antonio*, tras la cual, vieron otra del mismo tamaño al poniente: «Hace boca una y otra (y) en la medianía se observaron los 33 (grados) y 47 minutos de latitud. Tiene esta ensenada dos islas pequeñas, una baja y otra algo más alta, que están así más a la punta de la isla referida, y hace la ensenada otra isla al sur, chica, algo apartada de ésta. Dimos fondo en un reparo que hace la isla de los lados del norte. Se hizo aguada. Vinieron indios antes y dieron señas de agua. Fue la lancha a tierra a reconocer y por ser ya de noche, no hicieron nada». Los expedicionarios habían llegado al canal de Santa Bárbara.

Al día siguiente, 30 de marzo, el padre Vizcaíno bajó a tierra y visitó una ranchería. Por la noche, echó en falta un bastón que llevaba coronado con una cruz, el cual le fue devuelto al día siguiente por un indio. Esta acción sirvió para bautizar la isla con el nombre de Santa Cruz, primero de los topónimos que la Santa Expedición dejó en la Alta California. El paraje donde se efectuó el desembarco se conoce ahora como Prisoner's harbor. Los vientos impidieron que el paquebot saliese del canal de Santa Bárbara hasta el día 4, lo que dió ocasión

para que se produjesen nuevos encuentros con los indios chumash y se avistaran otras islas. Aquel día por la tarde se tomó una importante decisión: «considerando que no vemos señales del puerto, se entiende queda atrás según la historia de don Sebastián (Vizcaíno), y así, se torna andar y volver atrás». En consecuencia, el *San Antonio puso* rumbo al sureste y se aproximó de nuevo a las Channel island. Por fin, el paquebot llegó a San Diego el 11 de abril, si bien, el diario de fray Juan González Vizcaíno termina el día 7 con un escueto: «Vamos caminando para descubrir la isla de Santa Chatarina, para ir al puerto de San Diego». Todo hace pensar que tras avistar la citada isla, Juan Pérez ordenó poner rumbo a la costa y reconocer minuciosamente todos sus accidentes hasta dar con la boca del puerto dieguino. El *San Carlos*, a pesar de haber salido un mes antes de San Bernabé, llegó el 29 de abril, por lo que la navegación del *San Antonio* hay que considerarla un notable éxito ¹⁵.

3. EL FRAILE EXPEDICIONARIO

Fray Juan González Vizcaíno nació en Frómista, diócesis de Palencia, e ingresó en la orden franciscana el 22 de julio de 1739 en la provincia de la Concepción. Se encontraba en el convento de Villalbín cuando fueron solicitados misioneros franciscanos para pasar a Indias en calidad de misioneros. Dos comisarios se encontraban reclutando hermanos de orden hacia mediados de siglo: uno del colegio de Santa Cruz de Querétaro y otro del colegio de San Fernando de México. Este último fue fray Pedro Pérez de Mezquia, quien realizó dos expediciones misioneras con franciscanos peninsulares para llevar a cabo la difícil evangelización de los indios de la Sierra Gorda mexicana. La primera fue en 1742 y la segunda en 1749. En esta última se enroló nuestro fraile, dejando Villalbín el 8 de septiembre de 1748 en viaje a la ciudad portuaria de Cádiz, donde debía reunirse con el resto de sus hermanos de Orden. Dos navíos, el *Santa María de Begoña* y el *Nuestra Señora de Guadalupe* transportaron al grupo de misioneros hasta Nueva España, entre cuyos miembros se encontraba el fundador de la California, el mallorquín fray Junípero Serra. Vizcaíno viajó en el *Guadalupe*, haciéndose a la mar el 30 de agosto de 1749. El 8 de septiembre divisaron las

¹⁵ Un breve resumen del viaje nos dejó fray Francisco Palou en las «Noticias de la Nueva California», Real Academia de la Historia (Madrid), Col. Boturini, vol. XXII, págs. 223v-225v. Se trata del capítulo 2 de la segunda parte: «Sale del cabo de San Lucas el paquebot *San Antonio*, alias *El Príncipe*, su viaje y llegada al puerto de San Diego». La expedición ha sido estudiada en mi Tesis Doctoral *Viajes marítimos y expediciones científicas al Pacífico Septentrional (1767-1788)*. (Madrid, Univ. Complutense, 1989), capítulo II: «La Santa Expedición (1769-1770)», tomo I, fols. 87-165.

islas Canarias y el 18 de octubre llegaron a San Juan de Puerto Rico tras una tranquila travesía, no exenta de algunas incomodidades, como las restricciones de agua. En dicha isla permaneció el grupo de misioneros alojado en la ermita u hospicio de la Inmaculada Concepción y durante su estancia en la misma se realizó una misión que contó con gran concurrencia de los residentes ¹⁶.

El 31 de octubre, los misioneros reanudaron la navegación, llegando al puerto de Veracruz la tarde del 2 de diciembre de 1749. La nave estuvo a punto de naufragar a causa de un fuerte temporal que se levantó frente a las costas mexicanas, aunque finalmente los frailes pudieron desembarcar sanos y salvos. Una vez en tierra todavía tuvieron que andar el camino entre Veracruz y la capital novohispana antes de llegar al Colegio de San Fernando. Una vez allí, varios de los misioneros fueron enviados a la Sierra Gorda, como Serra o Palou, quedando el resto, como fue el caso de Vizcaíno, en México. No tenemos ninguna noticia de sus actividades en estos años hasta 1769, año en que viajó a Baja California para ponerse a las órdenes del Visitador José de Gálvez.

La falta de franciscanos para iniciarse la evangelización de la Alta California, así como para actuar de capellanes de los barcos expedicionarios enviados a tomar posesión de San Diego y Monterrey, obligó a Serra a pedir al Colegio de San Fernando nuevos hermanos a través de José de Gálvez, principal artífice de esta empresa. Es así como Vizcaíno se incorporó a las tareas misionales de California, en compañía de los padres Escudero y Benito de la Sierra, y como se gestó su participación en la Santa Expedición. Nuestro franciscano viajó en el paquebot *San Antonio*, alias *El Príncipe*, capitaneado por Juan Pérez, en compañía de otro padre, fray Francisco Gómez¹⁷.

El *San Antonio* fue el primer barco en alcanzar San Diego, paraje en el que esperó la llegada del *San Carlos*, el segundo navío de la expe-

¹⁶ Conocemos varios episodios del viaje del grupo de misioneros y de la estancia en Puerto Rico gracias a la obra de GEYGER, Maynard J.: *Vida y Epoca de Fray Junípero Serra*. Palma, 1987, 2 vols.: vol. 1, págs. 63-82. Véase del mismo autor: «The Franciscan Mission to San Fernando College, México 1749» en *The Americas*, V (1948-49), págs. 48-60.

¹⁷ En el diario de Serra podemos leer «Que el día 15 de Febrero, habiéndome yo vuelto ya para Loreto, se hizo en el Cabo de San Lucas la misma diligencia de bendición de vaso y banderas con el segundo paquebot *San Antonio*, alias *el Príncipe*, que salió inmediatamente para dichos puertos y fueron en él embarcados para el mismo fin los Padres Predicadores Fray Juan González Viscaíno y Fray Francisco Gómez, el 1Q recién llegado de México y el 2Q que había sido ministro en la Misión de la Pasión, que por orden de su Ilustrísima se había extinguido y trasladados sus indios a la de Todos los Santos; y con esto quedó evacuada la expedición marítima o naval». *Escritos de Fray Junípero Serra*. Petra, Apóstol y Civilizador, 1984, 5 tomos: t. I, pág. 153.



Fray Junípero Sierra. Museo Nacional de Historia, México.

dición. Tras lo cual, se construyeron varios enramajes en la playa para desembarcar y cuidar a los numerosos enfermos de la jornada, trabajos en los que participó Vizcaíno. Al llegar la primera expedición terrestre, nuestro franciscano acompañó a fray Juan Crespi en el reconocimiento del puerto, y con la segunda dispuso «una enramadita» para el alojamiento del padre Serra.

Tras la salida de Portolá y Crespi en busca del puerto de Monterrey, el padre presidente dio comienzo a la misión el día 16 de julio. «La distribución ideada —escribe Serra— era que de acá fuesen ministros el padre Murguía, de quien me había escrito vendría con el barco *San José*, y el padre Parrón, de Monterrey el padre Crespi y yo, y los padres Vizcaíno y Gómez de San Buenaventura». Por lo pronto, sólo la misión de San Diego se logró levantar, figurando como titulares fray Junípero Serra y fray Francisco Parrón, «estando con nosotros como en su casa el padre fray Juan Vizcaíno, esperando se verificase la erección de la suya»¹⁸.

Sin embargo, un nuevo incidente vendría a entorpecer los planes de Serra. El 15 de agosto, los indios dieguinos atacaron las modestas construcciones españolas, hiriendo al padre Vizcaíno, a un herrero llamado Chacón y a un indio cristiano; además, mataron a José María Vergerano, un criado de fray Junípero Serra, natural de Magdalena, cerca de Guadalajara. Sobre el modo en que fue herido Vizcaíno, tenemos el relato de fray Francisco Palou: «El reverendo padre presidente se estaba recogido en su choza con el padre fray Juan Vizcaíno, encomendando a Dios a los nuestros y a que se aplacasen los gentiles. El padre Vizcaíno quiso cerrar bien la choza con la puerta, que consistía en una manta de ixmiquilpan, y al sacar la mano le dieron a ella un flechazo, de que quedó herido, y al mismo tiempo entró a la chozita el muchacho sirviente que venía atravesada la garganta de un flechazo...»¹⁹. El cirujano de la Santa Expedición, Pedro Prat, le curó la herida y le extrajo varias astillas, si bien la mano quedó torpe incluso seis meses después del ataque de los indios. A causa de esta obstinada herida, Vizcaíno pidió permiso a Serra para regresar a México²⁰.

Al llegar Portolá de la búsqueda infructuosa de Monterrey, el día

¹⁸ Carta de Serra al padre Juan Andrés, San Diego, 10 de febrero de 1770, en *Escritos* (1984), t. I, págs. 235-239: 236.

¹⁹ Fray Francisco Palou: «Noticias de la Nueva California», Real Academia de la Historia (Madrid). Col. Boturini, t. XXII, fols. 366v y 367r.

²⁰ Serra escribió al padre Juan Andrés el 10 de febrero de 1770, desde San Diego: «La herida del padre Vizcaíno fue de una flecha sin pedernal que pasó primero un guangoche colgado en vago en el aire y le hirió donde se juntan los dos dedos medio y anular de su mano derecha. El cirujano le sacó algunas astillas de palo y todavía están con alguna estupidez e imperfecto movimiento dichos dedos», en *Escritos* (1984), t. I, págs. 235-239: 237.

24 de enero de 1770, dispuso que si no aparecía ninguno de los dos barcos que se esperaban —el *San José* y el *San Antonio*— con víveres y hombres, la expedición abandonaría San Diego, retirándose hacia el sur. También determinó despachar inminentemente al capitán Rivera y Moncada hacia la Baja California con una partida de soldados para que trajesen a San Diego el ganado vacuno que había quedado en el paraje de Velicatá, junto a todos los víveres que pudiese conseguir. Asimismo, Rivera conduciría cartas y diarios de los principales protagonistas de la Santa Expedición, con los que se daría cuenta a las autoridades novohispanas de los avatares y alcances de la misma. Sigue narrando el padre Palou en sus *Noticias de la Nueva California* que «Dispuso su viaje el señor capitán y, hallándose el padre predicador fray Juan Vizcaíno malo de un flechazo que en una mano había recibido, como después diré, pidió al reverendo padre presidente su licencia para retirarse a la California para buscar remedio y, en caso de no conseguir alivio, irse para México a ponerse en cura. Concedióle el padre presidente para que lograra la buena ocasión de la ida del señor capitán la licencia en atención a que se dilataría la fundación de las misiones»²¹. La expedición partió el 11 de febrero con veinte soldados de cuera, dos arrieros y dos indios, más ochenta mulas y diez caballos. Durante el camino les salieron al encuentro los indios de una ranchería en actitud belicosa, los que fueron repelidos con varios disparos. Finalmente, la expedición llegó a Velicatá el 25 de febrero, ignorándose la forma en que Vizcaíno viajó a la ciudad de México.

De nuevo en el Colegio de San Fernando, fray Juan González Vizcaíno siguió sirviendo la causa californiana. El 26 de junio de 1774 firmó como secretario de las misiones y antes del 24 de agosto de 1777 predicó junto a fray Francisco Gómez una misión en la diócesis de Valladolid. Por último, el 16 de agosto de 1784 pidió permiso para regresar a su provincia peninsular, siéndole concedido²². El manuscrito que ahora ofrecemos se encuentra en la Biblioteca Nacional de México con el número A.F. 4/73²³.

²¹ Fray Francisco Palou: «Noticias de la Nueva California», Real Academia de la Historia (Madrid). Col. Boturini, t. XXII, fol. 361r. Serra escribió al padre Juan Andrés (San Diego, 10 de febrero de 1770): «El padre predicador Vizcaíno me tenía con instancias dicho se volvía al colegio en cuanto llegasen los barcos y que ya lo tenía escrito a vuestra reverencia. Y ahora que se ha ofrecido esta ocasión por tierra, quiere irse por las misiones y mostró gran desconsuelo sólo porque dudé condescender, y así consentí y va con mi licencia». *Escritos* (1984), t. I, págs. 235-239: 238.

²² Véase GEYGER, Maynard: *Franciscan Missionaries in Hispanic California 1769-1848*, San Marino, The Huntington Library, 1969, pág. 121.

²³ En la transcripción del diario he desarrollado las abreviaturas, ha actualizado la ortografía y acentuado y puntuado correctamente. La mala conservación del texto ha impedido el averiguar varias palabras, a pesar de lo cual, el valor del texto no ha perdido ni un ápice.

DIARIO DEL PADRE VIZCAINO

Año de 1769

Día 15 de febrero. Salimos por la tarde como a las 5 de la bahía de San Bernabé con viento Norueste y con el mismo caminamos a bolina toda la noche, que sólo por la mañana vimos tierra de la California. *Día 16.* Caminamos con el mismo viento bien recio todo el día y toda la noche; hubo su chubasco muy bueno por la tarde, en que llovió. *Día 17.* Prosiguió el mismo viento, aunque no tan fuerte. En este día se sacaron los fusiles del cajón y cada uno de la tripulación cogió el suyo, y tuvieron principio en su manejo. *Día 18.* A la medianoche se muda el viento de Norueste, que era al Nornordeste, caminando para el Norueste todo el día; pero con gruesa mar y grandes balances a bolina. *Día 19.* Mudóse el viento casi desde ayer a media tarde en Nordeste y caminamos así hoy domingo segundo de Cuaresma. Se dijo misa y comulgaron tres marineros. No hubo tantos balances. Nos hallamos casi en el mismo punto de grado de donde salimos.

A bolina, *día 20.* Prosigue el viento casi Norte y caminamos así todo el día; y nos hallamos en los mismos grados y apartados de tierra como 60 leguas. *Día 21.* Amaneció calmado el viento, picando algo en Nordeste, y así permaneció todo el día. *Día 22.* De la misma suerte calma todo el día, aunque algo soplabla el viento. *Día 23.* Amaneció con el viento mismo, aunque no tan calmado, y desde mediodía empezó el viento a soplar de bolina, caminando al Nordeste. Nos hallamos en los 22 grados y 35 minutos. *Día 24. San Matías.* Desde medianoche empezó a soplar más el viento y prosiguió todo el día. No se pudo observar porque estaba muy nublado; el mismo viento y siempre a bolina caminando al Norueste.

Día 25. Prosiguió el viento fuerte y siempre nublado; casi no se pudo observar.

Día 26. Domingo tercero de Cuaresma. Prosigue el mismo viento con bastante fuerza y algo frío, nublado. No se pudo decir misa por el viento y temor, caminando al norueste a bolina. *Día 27.* Prosigue el mismo viento; aunque el día (estaba) nublado, se pudo observar y nos hallamos en los 23 grados y 50 minutos al Norte.

Día 28. Por la noche arreció más el viento, caminando al Norueste, aunque a bolina, cuarta al Norte.

Día 1 de marzo. Continúa el mismo viento, caminando al mismo rumbo y ayer nos hallamos en 24 grados. *Día 2.* Continuó el viento hasta las 6 de la mañana, que después algo calmó y, aunque nublado, se observó y estamos en 25 grados y minutos, aunque distantes de la costa.

Día 3. A las siete de la tarde del día antes empezó el Nornordeste con bastante furia y continuó toda la noche y todo el día, siempre nublado y frío el tiempo.

Día 4. Continuó el mismo temporal, con viento frío, nublado, y la mar bastante gruesa y con bastantes balances. *Día domingo cuarto de Cuaresma y 5 del mes.* Continúa el viento de la misma suerte y nos hallamos cerca de 26 grados y más de ciento cincuenta leguas de la costa. Camina a bolina al

Norueste; nublado, frío y todo triste. No se pudo observar. *Día 6.* Prosigue el tiempo y a la medianoche comienza a llover y todo se pone melancólico.

Día 7. Prosigue el tiempo siempre nublado frío. Desde el domingo ha corrido el viento Leste y vamos a camino. *Día 8.* A las 00 de la noche empezó a calmar el viento y a las 8 de la mañana empezó el Norte con bastante furia; y prosiguió todo el día nieblas, aguas y balances, y todo mudado el tiempo. Vamos caminando para tierra. No se pudo observar. El señor don Juan (Pérez) está indispuerto.

Día 9. Prosigue el norte con bastante furia; la noche mala. El señor don Juan con su dolor y el señor don Miguel (del Pino) también cayó malo, que no se pudo observar y así vamos caminando al Norueste. Hoy empezamos la novena de Nuestra Señora del Refugio. *Día 10.* A mediodía calmo de todo el tiempo. Observó el señor capitán, aunque con trabajo, y nos hallamos en 30 grados. *Día 11.* Nos hallamos en calma. Se purgó don Juan y don Miguel permanece también malo.

Día 12. Domingo "in Pasione". Prosigue la calma hasta las cinco de la tarde, que empezó a soplar algo el viento Leste, y vamos caminando. *Día 13.* Caminamos con el mismo viento y nos hallamos a los 31 grados, 25 leguas a la Isla de Santa Catalina, y de tierra firme como 60. El señor capitán observó; ya hoy amaneció aliviado. *Día 14.* Calma hasta la noche, que entró el viento.

Día 15. Por la mañana, que amaneció lloviznando y con bastante niebla, se vio una isla, y se va a rebasarla por la punta que mira al izquierdo. Mar gruesa y frío. A la punta que hace al oriente con un mogote que está en la mar, se vio gente. Pusieron humos. Y a la punta dicha, al pasar por el paralelo de ella, de unos mogotes que son dos y primero hace una abra o puerto, en uno de ellos está un agujero que se ve la luz al otro lado. No se ve un árbol siquiera, sólo si verdeguear el zacate.

Día 16. Se vio otra isla (segunda isla), al parecer no muy mayor que la primera. Por la mañana la pasamos, quedándola a la mano izquierda, y se vió la tierra firme. Se fue en demanda de ella, parece tierra estéril. Se rebasa una punta que hace al poniente de la tierra, con tierra muy baja. Se ven en tierra unos manchones blancos. A medianoche quedó en calma hasta mediodía, que empezó a correr Sueste, conque se va a rebasar la punta. A lo lejos se ve verdear: se verá mañana. Estamos en 33 grados y 12 minutos.

Día 17. Viernes de Dolores. No se pudo rebasar la punta, porque por la noche a su principio calmó el viento. No obstante, por la mañana se vio otra isla mayor que las dos dichas antes. La tarde se puso el sol sobre ella y ya se había visto. Nos entró viento contrario, que fue el Norueste, y fue preciso bordear. En el primer bordo se quiso ver si era ensenada de abrigo un ribazo o morro que hace la punta abajo, cerca de las manchas blancas, y se llegó y no hay abrigo alguno. Se viró hasta la tarde, que se volvió hacia la punta. Es tierra dable, verde; se ven bastantes barrancas tajadas a la mar. No hay árboles, sino en una barranca grande que está en la playa, donde parecía haber ensenada, se ven unos arbolillos. Se vieron indios, dos o tres; hicieron un poco de humo. Corre casi toda la costa abajo a modo de vallado, tierras verdes por las lomas.

Día 18. Prosiguió el tiempo contrario y no se viró hasta mediodía, poniendo la proa casi al Norte. Estuvo anublado el día, aunque algo se pudo observar y se halló que habíamos vuelto atrás o perdido 10 leguas de lo que estábamos el día antes. *Día 19. Domingo de Ramos y día del Señor San José.* Prosiguen los bordos por lo contrario de los vientos y nos hallamos a mediodía a sotavento de la isla primera que antes habíamos visto. Día nublado con niebla espesa, que no se ve nada. La isla se vio porque el viento arreció algo y se descubrió.

Día 20. Lunes Santo. Se vino a dar a la misma isla primera. Hace al mediodía, después de la punta de los mogotes arriba dichos, como una ensenada y abrigo para los vientos de los lados del norte. Aquí vinieron los indios que primero hicieron humos, en dos canoítas pequeñas: en la una tres y en la otra cuatro. Llegáronse con algún miedo, pero se les trató dándoles algunas cosillas de ropa y trapos viejos: dieron un pescadito que habían físgado. Se fueron y, viendo que nos volvíamos, volvieron y nos trajeron más pescados, como unos tres y un pescado feo que parecía sapo. Ellos bien agestados y que esta segunda vez ya no tenían tanto miedo: «Caput guitu paucisimo se manifestavit: meo iuditio me suspentionem facit, utaliquid latea intelligo paucissimum affectum». La gente de la tripulación algunos les dieron los trapitos dichos. A las cuatro de la tarde vino el viento contrario y se viró para afuera. Estos indios dieron de sus cosas, como fueron dos delantares hechos de cuero, cosidos y unidos con unos mecates y cordelitos, que parece que es su cubierta. Parece de pellejos de nutrias, unos hilos negros, otros pardos, que hacen unas listas de arriba abajo del ancho de tres o cuatro dedos, y los hilos tienen el pelo por dentro y por fuera, y unidos estos con unos cordelitos que parece pita del color de la estopa del coco. A mí me daban un cordel bastante grande, que podía servir para el anzuelo; y habiéndolo recibido, se lo volví. Ellos entendían por señas. Por la tarde volvieron, pero fueron distintos, sólo dos eran de los de la mañana. Y vinieron tres canoítas y en la tercera vinieron seis y un muchachito. Dieron en señal de paz una vara con una borla a la punta de plumas negras y unos hilachos de pita de color de estopa de coco como bandera; dieron unos pescados colorados, muy buen pescado, y pulpos. Les dieron algunos de la tripulación algunos trapos. Daban muestras buenas y que volviéramos y fuéramos a donde ellos estaban.

Día 21. Toda la noche estuvo en calma y la isla la teníamos a barlovento, como a media legua desviados de ella. Como a las nueve de la mañana entró el viento Norueste algo fuerte y viramos para fuera o para la ensenada de la dicha isla. (No sé qué tiene esta isla). Volvimos a la ensenada, parece que con ánimo de dar fondo, pues sondeamos (29 brazas). Los indios volvieron en número de seis canoas, como veinte indios, los que dieron algunas cosillas. Traían piedras que parece estimaban, como de cristal de piedra, y piedras minerales muy de plomo. Esto parece que lo queman y hacen el tinte negro para embijarse. También traían almagre, que parece muy bueno. Yo tube la fortuna de que por un pañito de polvos de que usaba y unos paños viejos que les di, me dieron tres pescados, con que tubimos que comer tres días. Entraron en el navío un viejo, que parecía de mejor índole, después otros dos vieron el barco, y temblando: hablan muy aprisa. Traen armas, sus

cuchillos como puntas anchas de pedernal encajadas en una tablita ancha y la traen en la cabeza. Tienen bastante con que hacer cuerdas, que parece pita muy buena de color de estopa de coco. Trajeron conchas que parecen un nácar con color de oro entre verdegay. Saben hacer cordeles como nosotros, que usan para pescar. Es enseñada de mucho pescado y el pescado que trajeron, fuera de algunos pulpos, era encarnado y del mismo sabor que el besugo, con piedras en la cabeza como lo reparé en los que comimos. Reparé que un viejo que venía en una de las canoas, conocí por señas que fuéramos a su tierra y hacía señas con la mano; pero que no fuéramos para allá, parece que quería decir más allá, a la tierra firme y hacía señas como de cortar cabezas, con mucho ímpetu en el hablar, en que tendré cuidado si acaso el viejo daba entender alguna cosa [ilegible] que tienen comunicación con los de tierra firme. Sus canoitas en la mayor cabrán siete hombres; serán como un dedo de grueso las tablas y de pedazos cosidos unos con otros y embreadas por fuera. Siempre uno de ellos está sacando el agua que entra. Las saben gobernar, aunque haya mucha marea. Los remos son de palos y que uno hace el bogar a un lado y a otro con mucha habilidad. Traen varas y en ellas algunas puntas como arpones con que pescan, aunque también usan anzuelos de viznaga, torcidos como anzuelo, y otras puntas derechas, tres en cada arpón. Traían unas como xicamas pequeñas que no tenían sabor, que se parecen a las cebollitas [encima: ajos de cigüeña]; tienen dos cabecitas pegadas una a otra y una cáscara como de cebolla, pero desnudos «in totum».

Día 22. Miércoles Santo. Nos entró un poco de viento por la mañana favorable, y se quiso seguir el rumbo entre las dos islas, que habrá distancia como cinco leguas de la punta que mira al Norte hasta la otra isla, que dicen sea la de Santa Catalina. Pero por la tarde nos entró contrario y no se pudo; y se viró para afuera. Por la noche arreció más el viento contrario. Habrá distancia al puerto de San Diego como de 20 a 30 leguas.

Día 23. Jueves Santo. Se dijo misa; comulgaron como ocho personas y el compañero. Todavía el viento contrario, se fue a reconocer la isla arriba dicha por la parte que mira al Oriente. Está muy acantilada por esta parte, hace algunas barrancas y (en) particular una muy verde y de algún plan donde hay indios, los que salieron por la tarde en dos canoas con señales de paz, como los otros. Se les hizo señas que si había agua y luego fueron y trajeron una botella de juncos embreada por dentro de la cual bebimos, y es buena; nos dieron conchas como los otros. Parecían agradables y todo era señas de que fuéramos para tierra. No se pudo encontrar fondo, aunque hace algún abrigo en medio de ella, el que se quería tomar porque el viento arreciaba algunas veces. Se vio en la distancia misma de estas islas otra y nos mantuvimos toda la noche enfrente de esta segunda; y por la mañana con el mismo viento, algo recio, vamos a reconocer esta tercera, que de ella ha de haber poca distancia al puerto y tierra firme. Se ven en la barranca algunas de sus chozas y algunos árboles.

Día 24. La tercera isla arriba dicha no es isla, sino una punta de tierra que hace al Sur la tierra firme y en ella está, y es la bahía de San Simón y Judas, donde entramos y se sondeó hasta llegar a 10 brazas de fondo. Se viró y por la tarde calmó el viento, y nos quedamos abajo de esta punta, en que

por la mañana el sábado nos entró el viento Nordeste, y vamos a recalarla porque en la rinconada que hace con la tierra alta, distante de la punta como 8 leguas, se discurre está el puerto.

Día 25. Sábado. Con el viento que nos entró vamos a montar la punta. Algo se anduvo hasta que por mediodía calmó el Nordeste. Por la tarde sopla el Noroeste y vamos a ver si la podemos montar. Por la niebla no se han podido distinguir las señas del puerto. Por la tarde vino una canoa al navío y en ella seis indios mozos; dieron unos cordeles y un pescadito. Ellos rubios el pelo y sólo con unas cubiertas, como los demás indios. Estos son de la isla de Santa Catarina, que hace división por parte del Poniente y hace otra isla, que sólo se distingue por un abra que vimos enfrente de la punta arriba dicha, y habrá la distancia como 9 a 6 leguas.

Día 26. Domingo de Resurrección. Nos mantuvimos toda la noche enfrente de la isla de Santa Catarina [encima: segunda isla] y la punta de la bahía de San Simón y San Judas. Amaneció calmado el viento total y duró la calma hasta las cuatro de la tarde, que nos entró el Noroeste. Se han visto las señas del Puerto: las islas de los Cuatro Coronados. Se han visto humos todo el día. En una barranca se ven patentes las dos sierras nevadas que están al norte y se descubren casi desde la primera isla. Desde estas sierras sigue una sierra toda seguida hasta el puerto y sólo hace una quebrada en que parece viene algún río a esta bahía grande, que hace la punta hasta el puerto, que hace otra punta que mira al Sur.

Día 27. Hasta la medianoche duró el Noroeste y empezó a calmar, prosiguiendo todo el día, sin poder andar. Estamos en medio de las islas y la tierra firme. No se sabe si en una ensenada que hace a una barranca que hace la tierra firme, estará el puerto.

Día 29. A las cinco de la mañana nos entró algún viento favorable y duró hasta mediodía, en donde calmó. Salimos de la ensenada, que [encima: es] parece la que sigue el diario de don Sebastián [encima: después de la; al margen: Bahía de San Simón y Judas] y venimos a reconocer una de las islas grandes; y vimos al poniente otra del mismo tamaño. Hace boca una y otra (y) en la medianía se observaron los 33 (grados) y 47 minutos de latitud. Tiene esta ensenada dos islas pequeñas, una baja y otra algo más alta, que están así más a la punta de la isla referida, y hacen la ensenada otra isla al sur, chica, algo apartada de ésta. Dimos fondo en un reparo que hace la isla de los lados del Norte. Se hizo aguada. Vinieron indios antes y dieron señas del agua. Fue la lancha a tierra a reconocer y por ser ya de noche no hicieron nada.

Día 30. Fui a tierra de la isla enfrente donde estábamos en la lancha para el agua con tres personas. Estube en la primera ranchería con los indios, y lo que [ilegible]. Las indias muy honestas, hasta las niñas. Hacía mucha resaca donde desembarcamos; para volver a embarcarme fue en una de las canoas de los indios, que me llevaron a la lancha: algo me mojé los pies. Por su afabilidad y buenas muestras que vi considero que pueden evangelizarse. Sus chozas bien y lo que más consideré bien. Por la tarde levamos y salimos, pero a poco andado de la salida de la punta de la isla y del medio entre ella y las islas pequeñas, nos entró el Noroeste y nos volvimos a dar fondo, un poco más

para la salida de la isla que mira al Norueste, en donde, haciendo bajo la tierra de la isla, hace a la mar muchas cuevas, y a la punta hay un agujero como puente, que se ve la luz de la otra parte. Se observaron 33 grados y 50 minutos.

Día 31. Nos estuvimos sobre el ancla todo el día con el viento Norueste, que no obstante de estar con algún abrigo del, nos hizo bastante temer todo el día, que soplaba recio: duró hasta puesto el sol. La noche estuvo sosegada. *Día 1 de abril.* Levamos por la mañana para ir a reconocer la tierra firme. Vinieron los indios y trajeron pescado que dieron porque yo les di el pañito de narices y unos trapos otros que ellos hacen estima, pero no querían dar si no les daban alguna cosa. Pronunciaban «amar a Dios», «Dios que nos crió», «que está en el cielo», para decir la facilidad que tendrán en nuestra lengua. Tienen abalorios de vidrio, que es señal que por tierra se los han dado, o de la última Misión de las Californias. Se llevaron las llaves. *Día 2.* Venimos costeano para ver si el puerto está en donde parece, con buen viento, pero con la(s) nieblas no pudimos ver cómo podíamos ver la costa. Parece tierra buena, hay su verdura y algunos manchones de árboles. Vino una canoa con bastante mar y sólo hizo dar vueltas al navío. Después se llegaron dos y dieron bellotas, que parecen castañas pilongas. Dieron un modo de cepillo conque ellos labran, dando a entender que diéramos machetes. Venida la noche, se pasó a la capa. *Día 3. Lunes.* Por la tarde nos entró viento y vamos bordeando. Vinieron dos canoas de indios, que vinieron muy afables. Pronuncian nuestra lengua. Dieron unas sardinas, que es conque ellos pescan, pero una a una las daban, que dieron ocho sardinas. Se les dio maíz. *Día 4.* Por la mañana calmó el viento y vimos otras dos islas grandes y una pequeña que revienta el mar mucho; ya van doce islas desde la primera. Todo el día ha estado quasi en calma. Vamos a montar una punta de la tierra firme. Se ven en las cumbres de la tierra, que va como sierra la tierra firme, varios árboles y varios manchones de montes de árboles. Por la tarde, considerando que no vemos señales del puerto, se entienda queda atrás, según la historia de don Sebastián; y así, se torna (a) andar y volver atrás. Se llegó a los 34° y 57 minutos de latitud, con viento Oeste que favorece la vuelta. Vamos caminando para atrás. *Día 5.* Calmó el viento a la medianoche y nos quedamos en calma hasta después de mediodía, o al mediodía empezó a soplar el mismo viento, y vamos caminando, por la tarde, como iba entrando el viento, también la neblina muy espesa. *Día 6.* Se caminó algo por entre las islas y tierra firme. Se vio la isla de Santa Bárbara, que es donde comienza el canal. Como el día estuvo nublado y con niebla, no se distingue bien la tierra firme, ni la punta que hace la bahía donde sondeamos, que no es la de San Simón, sino ensenada de San Pedro, y por eso la noche anterior estuvimos quasi a la capa.

Día 7. Vamos caminando para descubrir la isla de Santa Chatarina, para ir al Puerto de San Diego.